a asegurar que la edad no influye para nada en mi opinión. Los que quieran leer mi "Jeunesse d'un Clerc" verán ahí que, cuando yo tenía veinte años, no era partidario de que se otorgase consideración sistemática a los veredictos de la juventud. Por tanto, la cuestión es saber si lo que digo es justo o no, sin atender a mi acta de nacimiento. Todos los partidos de violencia—he asegurado—quieren tener de su parte a la juventud. Cosa curiosa, uno de tales partidos, entre nosotros, dice provenir de la antigua monarquía. Como si Richelieu o Luis XIV se hubiesen ocupado de la opinión de la juventud: La verdad es que no pretendían adueñarse de la calle, ni reclutar para su causa a quienes poseían buenos puños o pulmones fuertes.

El culto de la juventud en materia política es, a menudo, una forma del llamado a la fuerza. Tanto mayor honra para las escuelas que lo desdennan o ignoran.

Recuerdo y Revisión de Rodó

Por ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA

AL contemplar el alejamiento, cada día mayor, de la prédica de José Enrique Rodó, asoman al recuerdo las melancólicas palabras con que Stefan Zweig inicia su *Erasmus*: "...en su tiempo el más conocido de la tierra, es hoy, no lo neguemos, tan sólo un nombre". Salvando diferencias de época y de amplitud de escenario, con Rodó acontece parecido olvido. Cuando su voz comenzó a difundirse—primeros años de este siglo—en su torno se congregaron las juventudes de América Latina. Tuvo la gloria indisputable de haber sido el primer maestro cuyo eco resonó continentalmente; el primero en franquear fronteras nacionales y agrupar tras de sí corte y auditorio americanos. Ningún escritor de nuestra tierra alcanzó, en vida, tan amplia y reiterada consagración. El fragor de las discordias civiles impidió escuchar las voces maestras del siglo diecinueve. Su estruendo acalló las voces de Montalvo, de Vgil, de González Prada, de Sarmiento. Un heroico afán libertador obligó a Martí a perenne militancia. Solo y pobre moría Juan Bautista Alberdi en Francia, cuando la Argentina se enriquecía cumpliendo los consejos de sus *Bases*.

Cuando José Enrique Rodó comenzó su tarea intelectual, el panorama aquietado de América se prestaba a mayores resonancias. Pasadas las seis primeras décadas del caudillaje militar, principó a

estabilizarse una organización—quizá todavía insegura, pero más firme que las anteriores—en la cual jugó rol fundamental la bonanza económica. Emancipados de España los pueblos indo-americanos, por obra de una clase latifundista criolla, a quien pesaban hasta la asfixia los yugos económicos de la metrópoli—el *Memorial de los Hacendados* que redactara Moreno es muy elocuente—no pudieron encajar las formas republicano-democráticas aprendidas de la revolución francesa con la realidad feudal y primitiva de América. De allí la célebre alternativa entre la dictadura y la anarquía. Mas, al promediar el siglo pasado, nuestra América entra al círculo de la economía internacional. En Europa la revolución industrial ha producido un formidable acrecentamiento del poder económico. El capitalismo maduro, principia a expandirse más allá de los países que iniciaron la nueva etapa. El maquinismo, rápido conquistador del suelo europeo, necesita de mercados, cada vez mayores para la colocación de sus productos. Las expediciones de exploración—simple vanguardia de las de conquista—se adentran en África, Asia, América, en todos los rincones desconocidos de la tierra. Amasados con sangre y oro se edifican los imperios coloniales. Tierras que hasta el siglo dieciocho significaron adverso saldo en los presupuestos de las monarquías, cobraron repentina importancia. (Aun a comienzos del siglo diecinueve Francia vendía la Luisiana como quien realiza ventajoso negocio). La flota inglesa lleva su pabellón a todos los puertos del mundo, trocando las realizaciones de la máquina por los productos prístinos de la naturaleza. En China y Japón los puertos se abren a cañonazos; en nuestra América mediante acuerdos y pactos comerciales para todos, evidentemente favorables y progresistas. A la sombra del libre cambio prosperan las clases ricas de Indoamérica. Y nuestros países ingresan, así, al mecanismo financiero mundial con la cotización de sus productos, la apertura de sus mercados y la demanda de empréstitos para sus gobiernos.

Pero estas naciones indoamericanas, movedizas y anárquicas, no inspiran mucha confianza al celoso poseedor de los dineros acumulados. Los capitalistas europeos exigen condiciones. De tal manera, el creciente desenvolvimiento de nuestro comercio con Europa impuso estabilidad en las instituciones, mayor firmeza en el Estado y más liberal Constitución. Allí encontramos el punto de partida de las nuevas etapas, cuya designación en Argentina—"la reorganización nacional"—puede ampliarse a toda América. La geografía, materializada en distancias, determina el grado de avance en la formación institucional de cada zona. Europa influye directamente sobre el Brasil y el Río de la Plata. En el primero se establecen las reformas liberales de don Pedro II coronadas después con la instauración de la República y la emancipación de los esclavos. San Paulo y Santa Catalina devienen ricos Estados industriales a cuya zaga marcha el resto del Brasil feudal. El Río de la Plata—amplio regazo—favorece la llegada de hombres y capitales. Como inmigrantes llegan ita-

lianos, españoles, polacos, judíos, árabes. Los capitales que arriban son, por el contrario, rigurosamente sajones. En su casi totalidad ingleses. La primera presidencia de la "reorganización nacional", la de Bartolomé Mitre, concede amplias ventajas a las empresas ferroviarias.

La oleada económica traspone los Andes y en Chile se asientan influyentes intereses británicos. Consorcios anglo-chilenos empiezan a trabajar las salitreras bolivianas. El Perú ingresa a la economía mundial—agotados los áureos filones del virreinato—con una riqueza precaria y exótica: el guano. Aprovechando de su extraordinario auge se forma una clase de contornos sociales y económicos muy claros, cuajada políticamente en el "civilismo" que fundara Manuel Pardo y en cuyas filas tomaron lugar todos los *consignatarios* enriquecidos por los fertilizantes. La presidencia de Balta, cuya audaz dirección económica tuvo el entonces Ministro Piérola, pudo significar en mi país la iniciación de una política hacendaria y social típicamente liberal y progresista. Mas, el *Contrato Dreyfus*, pacto directo del Estado con el capital extranjero, atacó las bases económicas del civilismo, que toma el poder en 1872. En relación a la Argentina, con la cual había tenido cierto ritmo paralelo hasta esos años, el Perú se atrasa por obra del civilismo pardista, diez años de avance social. Si el régimen Balta-Piérola fue *casi una revolución*, la entrada del civilismo fue *casi una restauración*. Manuel Pardo—especie de Luis XVIII con habilidades de Rotschild y asomos de Pouché—encabeza un auténtico movimiento revanchista de la feudalidad amenazada. (En 1915, un Presidente pierolista, Billinghurst, fue otra *casi revolución* y el general Benavides—el de ayer y el de hoy—hizo de termodoriano en chico. La deuda del pierolismo con el Perú no es tanto por lo que hizo, como por lo que dejó de hacer...)

Pero volvamos a 1872. La evolución económica del Perú, tardía o veloz, se interrumpe violentamente con la derrota de 1883 y no vuelve a reiniciar prácticamente su curso hasta 1895. Parte de la riqueza natural peruana, transferida por la victoria armada a poder de Chile, da a este país, las bases de varios lustros de poderío económico.

En el Norte de Indoamérica, México también ofrece un caso ejemplar, Anarquizado hasta 1860, la intervención extranjera por vía directa y militar fracasa con el fusilamiento de Maximiliano. Con Porfirio Díaz y su interminable gobierno personal y personalista, se llega a la estabilización del "orden y progreso" comtianos, tan necesarios para la pacífica inversión de los capitales extranjeros. Nace toda una casta—*los científicos*—por cuyas bocas hablan los intereses imperialistas, a la vez que en toda América cunden análogas voces reclamando con vehemencia el disfrute de una paz ininterrumpida que pueda asegurar la prosperidad. El pensamiento y la doctrina americanas viven su etapa utilitarista. En las universidades se predica una renovación de estudios con tendencias practicistas. El ferrocarril y las academias de mecanografía nos avisan que Indoamérica está supe-

rando el reinado de la perezosa feudalidad. Pierden fama y prestigios aquellos hombres que fueron orgullo de América inicial: el poeta, el orador retórico, el predicador religioso. Sucumben las melenas y con ellas nuestro ficticio romanticismo llega a un ocaso sin glorias. Ajustos profesores reniegan de la tradición española, aconsejando a la juventud abandonar vanos sueños de hispanidad y aprender del esfuerzo de las naciones guías del mundo: Inglaterra, Alemania, Estados Unidos. La ruina contemporánea del prestigio naval español y de sus postreros restos coloniales, ayuda a desacreditar el hispanismo remanente. El pensamiento quiere sajonizarse sin poder abandonar resabios indígenas. Abunda el positivismo en las mentes rectoras, mientras el libre pensamiento, áspero y demagógico, cumple función agitadora. Un nuevo estrato social—la clase media—se agita sordamente con vagos movimientos de embrión. Y al amanecer del siglo veinte, Indoamérica, incorporada a la economía mundial y en trance de colonización, despierta a la inquietud y se afana por igualar el paso de Europa. Es una época de contradicción y transformaciones. De holgura económica y ambiente materialista. De ella—consecuencia y negación—surgió Rodó. (1)

Doctrina de Rodó

Ariel, aparecido en 1900, es fruto de este nuevo estado del espíritu americano. En sus páginas se inscriben la desazón y el descontento de aquel sector de la joven intelectualidad resentida por la creciente influencia de la manera sajona. En aquel año la expansión de los Estados Unidos sobre Indoamérica es innegable. Descontando la guerra que cercenara a México (Texas y California), se habían consumado ya la independencia de Cuba, interesadamente auspiciada por el vecino del Norte, y la invasión injustificable de Puerto Rico, Panamá no tardaría en imitar a Cuba. Las líneas generales de la política exterior yanqui estaban tendidas (doctrina de Monroe) siguiendo las de su expansión económica. En el mundo, el ciclo capitalista sobrepasaba la era mercantil y libre cambista. Llegado a su plenitud, desbordaba, de los

(1) Escrito lo anterior, llega a mis manos el interesantísimo libro del chileno Francisco Contreras (1877-1933), *Rubén Darío*, (Ed. Ercilla, 1937). El testimonio de este militante del "modernismo" (*pendant* poético del arielismo) resulta de los más valiosos. En la página 36-37 dice: "Las jóvenes repúblicas (de América) que veían decrecer entonces la plaga de las tiranías y las revoluciones, reasumían el proceso de su desarrollo y engrandecimiento". (El entonces se refiere a 1870-A. T. E.) "Chile... albergaba una prosperidad que aumentaba día a día; la Argentina y el Uruguay, reforzados por la inmigración europea, se desenvolvían prodigiosamente, en tanto que México, bajo un régimen dictatorial, pero en cierto sentido inteligente, veía florecer la acción y la riqueza. El período industrial se iniciaba con sus ventajas y limitaciones. La cultura moderna se imponía con sus beneficios y limitaciones. El utilitarismo suplanta los antiguos valores espirituales... el positivismo adueñado de la enseñanza... En nombre del Progreso, ídolo a quien rendían culto no sólo los librepensadores, sino también los católicos, etc..."

países de origen y buscaba en Indoamérica ancho campo para multiplicarse. Y es en esos años (1902) que la nueva etapa fuera bautizada con el nombre certero de *imperialismo* por el economista inglés Hobson.

El libro culminante de Rodó no entiende el planteo en esta forma. Para el uruguayo nuestra disparidad con los Estados Unidos no era social y económica, sino ética y filosófica. Desde Montevideo este maestro helenizante de levita y quevedos argumenta en un monólogo bordado de frases brillantes y repujados períodos. Tejió la exhibición de antinomias entre la civilización latina y la barbarie sajona. La oposición de la medida y la cultura a la desorbitación utilitarista, del arte y del mercado, del bien y del mal, de Ariel y Calibán. Tras el primer nombre agrupó los anhelos generosos de esta América mestiza, heredera, en sus sueños, de las glorias greco-latinas. En el segundo se pintaba alegóricamente el ímpetu avasallador del imperio yanqui.

La juventud de su época recibió alborozadamente la aparición de *Ariel*. El libro llegó a todas las ciudades de Indoamérica despertando inquietudes y suscitando adhesiones. Una generación nueva, acunada por el bienestar que trajera el primer chorro capitalista extranjero para su clase, ansiosa de arquitecturarse un pensamiento propio, hizo hallazgo fundamental en la obra del uruguayo. Las universidades americanas vieron florecer toda una vasta generación de arielistas. En su mayoría procedentes—como lo revelan sus apellidos y su origen universitario—de las clases acomodadas, enriquecidas por las adquisiciones imperialistas. El esbozo filosófico de Rodó era de tipo idealista y no hay clases más afectas al idealismo que aquellas respaldadas por cuantiosos bienes materiales. Se trataba, además, de una filosofía inofensiva alegórica y oratoria. No existen en ella gérmenes de rebeldía ni la amagan incitaciones a la acción. Adormecidos por su palabras cuidadas, libres de la crítica punzante, los lectores no ven turbado su deliquio por la baja preocupación material. Rodó fué leído en cómoda poltrona, cabe el virreinalicio chocolate servido en vajilla de plata. No supo de la edición clandestinamente impresa y temerariamente leída; tuvo abiertos y disponibles los caminos de la publicidad y de la fama. Jamás estorbaron la circulación de sus obras las manos inescrupulosas de la censura, ni tuvo la gloria de la lectura a escondidas del polizonte. Fue siempre escritor confortable, moralizador y de buenas maneras. Deleite de clases acomodadas y de épocas fáciles, tuvo la frágil belleza de solo de violín en cámara cortesana.

La enseñanza "idealizante" de Rodó tuvo una falla original e insuperable para su mentalidad. Al acentuar las diferencias entre América sajona e Indoamérica, no creyó nunca en la posibilidad de una cultura autónoma de la Gran Patria. La sintió como prolongación y complemento de Europa meridional, cobijada por las águilas romanas y los dioses helénicos. No hay trasunto en sus páginas de su espíritu ni de la naturaleza americanas. Ini-

ció—y así lo explica su más sagaz crítico contemporáneo, Luis Alberto Sánchez—la moda del parisianismo literario, entre cuya larga prole pueden citarse como ejemplares los cuentos—franceses de lengua, americanos de tema—de Ventura García Calderón, hijo legítimo y querido, como su hermano el filósofo, del maestro montevideano. Como lo afirma Sánchez, la frase de Rubén "Mi querida es de París", pudo ser clave y emblema de su obra toda.

Leyendo minuciosamente el devanar, fatigoso para un lector moderno, de los *Motivos de Proteo*, se encuentra, al cabo de 216 páginas, entre los centenares de ejemplos adoctrinantes del libro, una primera alusión, brevísima, a Indoamérica. Y pocas páginas más allá, la única opinión sobre nuestras cosas: un lamento por la inconstancia y laxitud del trabajo intelectual en nuestros países. Ligado cordial y espiritualmente a Europa, fue incapaz de concebir un renunciamento de la cultura en América en base a una justa revaloración de su pasado indígena y de la depuración de las varias y múltiples influencias occidentales. (Hinojamiento espiritual, por otra parte, que vemos precisamente reaparecer en estos días y en estas calles de Buenos Aires, con una ostentosa agresividad que viene a servir como prueba de parte de su defunción próxima o realizada).

Pero volvamos a Rodó. Puesto en tal éxtasis ante la cultura europea, su imaginar jamás abandonó la sombra de las pérgolas griegas ni olvidó la lección de las ágoras para descender al ruido plebeyo y cotidiano de nuestras democracias mestizas. Hasta la *Euphrosyne* revela la estirpe de sus ideales más caros. En *Motivos de Proteo*, cuyos períodos dilatados y oratorios señalara ya, malgrado su filial adhesión, V. García Calderón, viven más togas que chiripás, más nostalgias del Parnaso que de los Andes, más amor al Egeo que al Atlántico de su nativo Uruguay. Y mientras el anecdótico europeo ahoga a fuerza de repetición, toda la maravillosa riqueza episódica de América permanece en los umbrales de su recuerdo, exilada de su estilo como disonante mancha de color en un cuadro de ambicionada blancura.

Y no fue solamente que no *hablara* en americano, sino que tampoco *pensaba* en nuestro idioma espiritual. Hay en esto una importante diferencia a señalar. Muchos ingenuos creen hacer *americanismo* haciendo *folk-lore*. Y el hecho mismo de designar el arte nativo con este nombre exótico traiciona el extranjerismo esencial del escritor, aunque éste lo sea en fabla gauchesca, incaica o guaraní. (*Zogoibi*, varios novelines de Wast, *Oderay* de Ricardo Palma, tantos...). *Folk-lore* llamaron los ingleses al arte original de sus pueblos coloniales, y entraña una actitud ajena al objeto de la obra literaria o artística. Mirada de inspección y curiosidad. De exterior a interior. Pero el arte y el pensamiento legítimamente americanos pueden no hablar en dialecto ni vestirse con arreos aldeanos y serlo sin disputa. Así los frescos de Diego Rivera y Clemente

Orozco, la doctrina aprista, las obras de Ricardo Rojas y Luis Alberto Sánchez. Y en escala menor, las nuevas orientaciones del liberalismo colombiano; el intenso movimiento intelectual del Ecuador actual; la pintura de José Sagobal y Camilo Blas; la revalorización de la música del Tawantisuyo comenzada en Bolivia y Argentina. La indoamericanidad no supone—y esto es pie para más larga digresión—la suerte de cavernario localismo anti-ecuménico que se figuran sus simplistas impugnadores o sus extremistas partidarios. Se trata de agregarse al concierto universal, sí, pero con voz propia. La orquesta—se ha dicho ya—no se forma con la suma de sonidos de un solo instrumento, sino con la agregación armoniosa de los más distintos. Que Indoamérica haya dado los primeros pasos en su vida cultural cogida de la mano de Europa, aprendiendo—a buenas o malas—sus idiomas y su técnica, no quiere decir que hayamos de permanecer siempre en tal edad infantil, que es la correspondiente a nuestro estado colonial. Es pueril y antidialéctico. Vale decir antimarxista y reaccionario. Supondría algo así como querer que un niño de hermosa voz femenina quedase con ella para toda la vida, porque con esa voz comenzó a cantar. Para ello se requiere una castración. Y eso es, lo que en esfera política y artística quieren realizar todos los partidarios de nuestro estancamiento en base a que “*nuestra civilización se ha desenvuelto siguiendo el ritmo de la civilización europea*”, y que de ella nos han estado viniendo, con carácter absoluto: “*sistemas y métodos, técnica e instrumental, hombres y cosas, ideas filosóficas y políticas, etc.*”. El regocijante “porteñismo” de esta visión—común a casi todos los intelectuales capitolinos de América—es evidente. Habría que preguntarle a los enfáticos afirmantes de tal dogma servil, de qué color son las masas proletarias y campesinas de la gran vastedad de Indoamérica; qué lenguas hablan y qué costumbres ancestrales reverencian los trabajadores de las tres cuartas partes del continente. El brochazo inmigratorio del Plata sólo ha logrado poner tiznes blancos en las márgenes más cercanas al apeadero fluvial del europeo. Pero, más allá, al norte o al oeste, las caras cetrinas, los ojos rasgados, el hablar con fonías guaránicas o keshuas, revelarían al frívolo señorito intelectual que una realidad abrumadora desmiente sus asertos. Esto sin hablar de las técnicas agrícolas maravillosas del Incario, de su sistema comunal, etc.

Por todo ellò es interesante esclarecer la figura del autor de *Las Parábolas* y de todas las grandes cabezas americanas de nuestro inmediato ayer. Ello es tanto más urgente, cuanto que las baterías extranjerizantes queman rabiosamente sus postreras municiones. Para disfrazarse de *americanistas* han comenzado a *folklorizar* con pertinacia digna de mejor rumbo. Y así, en el ámbito político, podemos ver a ciertos partidos de izquierda, hasta ayer más preocupados por los negros de Scottsboro que por los fusilados de Trujillo, por la exactitud de determinada cita de Sta-

lin en la tercera edición checoslovaca de sus obras completas, que por las cifras de nuestra economía o la escala de nuestros salarios, empeñados en un furioso nativismo de tan improvisada factura que denuncia a la legua su oportunismo de fresca data...

Rodó y nosotros

Pero ¿y la juventud de 1937? ¿Qué mensaje guarda aún para nosotros Rodó? La enseñanza teórica del maestro ha sido superada. Deshecha por la fuerza objetiva de la historia su arquitectura ideal de Ariel y Calibán, como contraposición de culturas y éticas, queda, desnudamente, una evidencia económica: la progresiva colonización de nuestros pueblos por el imperialismo yanqui. Ni todo Estados Unidos es Calibán—que en él se guardan insospechadas fuerzas renovadoras y comprensivas—ni toda América Latina es Ariel, pues dentro del solar nativo alientan demasiados cómplices de la invasión calibanesca. El amable decir de los *Motivos de Proteo* no calza con la descarnada realidad de la crisis contemporánea. “Reformarse es vivir... Viajar es reformarse... —luego, ha deducido con acierto Luis Alberto Sánchez,—“Viajar es vivir...” Y en nuestra época de riquezas ostentosas o miserias evidentes no se hallan los viajes—esos viajes serenos y cavilosos que pedía don José Enrique—al alcance de nuestra juventud. Ergo, la reforma vital, el acrecentamiento del espíritu queda librado a quien domine una libreta de *Travelers cheks*. Con lo cual se incide en otra de las fallas capitales del pensador: su amor a la aristarquía. La devoción del uruguayo a las oligarquías intelectuales fue marca y contraseña de su “lección equívoca”.

La lección práctica de Rodó sobrepasa su actividad biografiada y se historia a través de la evolución posterior de los discípulos de Ariel. El uruguayo trabaja en honesta medianía y termina pobrísimos en el *Hotel des Palmes* de Palermo, al pie del Mediterráneo que tanto amara. Pero las generaciones nacidas al arrullo de sus períodos perfectos toma distinta senda y acabará en diverso lecho. Pasajeramente contagiada del arielismo esencial, aboga por un entendimiento indoamericano entre sus juventudes. Dos congresos inofensivos, una canción y varios banquetes manchados de oficialismo epilogan la tentativa. Posteriormente la generación arielista emigra—Meca de sueño y ensueños—a París. Algunos anclan definitivamente en ella, de cuerpo y espíritu. Muchos retornan más doctorales y eruditos, pero quedando en su ser íntimo y radical—así hubiera dicho Rodó—hipotecados a la atracción europea. Sólo dos indoamericanos de una promoción posterior y antagónica, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, iniciarían la difícil tarea de *ir y volver* íntegramente, trayendo lecciones como experiencias y aprendizajes para función beligerante en América.

Del libro a la librea

Hacia 1920 cunde la plaga del régimen personal. Dictaduras inconfundibles asientan su poder. Multiplicada su riqueza por la guerra mundial, el imperialismo yanqui reinicia su expansión, impulsando y apoyando los regímenes de fuerza. Calibán cerníase descarnadamente sobre el indefenso Ariel. Los herederos de Rodó, embebidos en proezas semánticas, deliciosos lirismos o cátedras doctorales, tuvieron oído tardo para el tumulto. Mientras la generación luchadora de la Reforma Universitaria tocada de profunda emoción social, recababa los puestos de vanguardia en las jornadas por la libertad, los rodonianos permanecían en sus muelles asientos magisteriales o se marchaban voluntariamente a Europa, en pos de nuevas glorias académicas o de revalidación de hueros títulos nobiliarios. Las protestas iniciadas esporádicamente por algunos líderes más consecuentes se quebraban ante la mera elocuencia de un ataque policíaco. En el destierro buscado o forzoso, esperaron el desplazamiento de las dictaduras personalistas y populacheras. Con el derrumbe de aquéllas y la restauración, sable en mano—sable capaz de cortar las alas a Ariel, sable cantado por el arielista Lugones—de las viejas oligarquías, los falsos discípulos del maestro muestran esencial catadura reaccionaria y calibanófila. Los gobiernos usurpadores y tiránicos de Indoamérica—¿dónde el idealismo, señor?—llenan su escalafón diplomático y ministerial con los corifeos de Rodó. La cincuentena llega veloz, y con ella un desapoderado apetito de mando que exacerba la postergación de diez años. La acción política de los *mandarines arielistas* (1) testimonia el derrumbe. En el Perú más ostensiblemente que en ningún otro país—quizá por la polarización dilemática entre la regresión o *civilismo* y la revolución o *Aprismo*—se distingue el abandono de las ideas juveniles. Historiadores de renombre tórnanse frenéticos capitanes de cruzadas represivas. Oradores y ensayistas, poetas y filósofos, no vacilan en representar ante los gobiernos extranjeros a un régimen militarista, manchado por la tiranía, la ilegitimidad y la barbarie. Los “profesores de idealismo” comparten responsabilidades con regímenes que cierran universidades y bibliotecas. Los líderes de la cultura apoyan desgobiernos que censuran el ingreso de libros. Los amantes de la serenidad filosófica redactan violentas notas pidiendo la expurgación inquisitorial de textos y mayor saña represiva. Los “latinoamericanistas” ululan por calles y micrófonos exigiendo guerras fratricidas y absurdas. (Las actas americanistas de los congresos de Montevideo (1908) y Lima (1912) hubieran resultado subversivas para sus firmantes, cuando éstos agitaban las guerras del Chaco y de Leticia).

(1) L. A. Sánchez; *El Anti-Rodó*, incluido en *Aprismo y Religión*, Lima, 1933. Ed. Atahualpa. Inispensable para juzgar la obra de Rodó en este ensayo de acénuador cariz polémico.

Ciertamente no puede generalizarse sin limitaciones esta crisis. Grupos hay, e individualidades solitarias, que se salvan de la dureza de una expatriación del aprecio juvenil. Quizá la generación mexicana que llegó a una madurez beligerante que no disfrutaron sus hermanas del sur, sea la que tenga mayores y mejores razones para pedir su indulto. Mas, como el fermento sobrevive en potencia, el caso doloroso y ciertamente desgarrante de Vasconcelos, viene a poner moraleja contradictoria a la limpia biografía de sus coetáneos.

Y con la excepción colectiva de los mexicanos débese señalar la individualidad y muy gloriosa de Baltasar Brum, Presidente del Congreso Estudiantil de Montevideo (1908) y el único miembro de su generación que supo morir por la libertad. El único que trajo a tierra a Ariel y le dió sangre y carnadura. El único que hizo vivir el mito.

“Lo que nosotros tenemos por un sueño...”

Triste suerte la de este maestro del intrépido decir y de la vagorosa doctrina. Murió sin alcanzar la pena que hubiera causado a su honradez indudable la claudicación de estos discípulos sin la contumacia negadora de Pedro, pero con las argucias alevosas de Judas. Si Jean Cocteau ha llamado a Victor Hugo “el Garibaldi de la literatura francesa”, José Enrique Rodó podría ser llamado el Wilson de la nuestra. Idéntica bonhomía fundamental, similar formación universitaria, parecida frustración cuando no total reversión de las doctrinas en los hechos.

La lección del montevidiano, empero, no fue lección dañina. Explicable por identificables procesos americanos, significó en su momento una semilla de inquietud y una voz de alerta. Desvirtuada en su sentido fundamental por la claudicación deshonorosa de quienes se llamaron sus discípulos y albaceas, cobra su perfil verdadero cuando toma vida real a través del antimperialismo. Doctrina y actitud revolucionaria ésta que debemos colectivamente a la generación de la Reforma y particularmente a su más lograda expresión: Haya de la Torre. (1) No es posible ol-

(1) Léanse estas magníficas frases de Contreras: “Empero, la tendencia al desarraigamiento (europeísmo) en el movimiento modernista, era consecuencia de circunstancias ocasionales y por lo tanto superficial. Así, cumplida su obra... dió origen a un nuevo movimiento encaminado precisamente a luchar por la autonomía de las letras al mismo tiempo que por la integridad de la patria hispanoamericana, y de su seno surgieron los hombres que debían encauzar la cultura en su lecho tradicional, y oponiéndose al alud del imperialismo extranjero, rehabilitar el ideal salvador de Bolívar: la unión de los pueblos del Nuevo Mundo latino que les permitirá cumplir su destino en el futuro”. (Ob. citada, páginas 45 y 46). Es una clara alusión al rol que vienen cumpliendo la Alianza Popular Revolucionaria Americana y su jefe. Consultese especialmente: “La Reforma Universitaria”, en *Teoría y Táctica del Aprismo* (B. Aires, Lima, Cuba); *El Antimperialismo y el Apra*, (Prólogo y capítulo VII, Ed. Ercilla, 1936), todos de Haya de la Torre.

vidar que el nombre de Rodó anduvo con frecuencia en boca de la generación llamada "mensajista" por su amor y dedicación al vínculo indioamericano. Y Julio Antonio Mella, el apasionado cubano, desbordante en sus amores y en sus odios, dijo alguna vez de Víctor Raúl: "Es el prototipo de la nueva juventud americana. Es el sueño de Rodó hecho hombre. Es Ariel".

Lo salvan al maestro del *Camino de Paros* en el recuerdo de nuestra juventud, su fervorosa sinceridad y su digna y estudiosa vida. Harto generoso para pretender dogmatizar, por muchos lustros advirtió proféticamente en un pasaje en los *Motivos de Proteo*, su confianza en aquellos que: "...han de resolver las dudas sobre las cuales en vano hemos torturado nuestro pensamiento; los que han de presenciar la ruina de muchas cosas que consideramos seguras e inmutables; los que han de condenarnos o absolvernos; los que han de pronunciar el fallo definitivo sobre nuestra obra y decidir el olvido o consagración de nuestros nombres; los que han de ver, acaso, lo que nosotros tenemos por un sueño y compadecemos por lo que nosotros imaginamos una superioridad!"

Sobre la memoria de José Enrique Rodó caen sombra y olvido explicables aunque inmerecidos. A la infidencia de sus herederos debe el maestro tan desdichado destino. Para aquellos que columbramos panoramas que no alcanzó a distinguir y que participamos en luchas ardientes que no llegó a sospechar, su prédica suena lejana y diversa. Y al pie del mármol de *La Tempestad*, Próspero deberá reiniciar nueva lección actual y Enjolás el inquieto, sentirá el impulso de interrogar cuestiones y resolver dudas que nuestra generación quizá logre aclarar en la más dulce y cruel de las disciplinas: en la Acción.

De "Repertorio Americano". San José de Costa Rica.

Los Chinos y sus Vecinos

P O R M A R C E L G R A N E T

LAS artes, la poesía, la moral y, en tiempos muy próximos, aun las técnicas chinas, han sido adoptadas por todo el Extremo Oriente. Ningún país de la extrema Asia, ya sea de los decaídos o de los que se enorgullecen con su nuevo poderío, se atrevería a renegar sinceramente de esta tradición. Para no hablar sino del Japón, todos los renuevos de cultura que la historia nos permite constatar en aquel país, los debe (hasta las reformas de mediados del siglo XIX) a la influencia china: todos sus progresos en el arte o en el pensamiento, son debidos a la afluencia de emigrantes chinos expulsados del Continente por tal o cual acontecimiento histórico. Cuando el Japón se ha resignado, sin gran placer primeramente, a

importar técnicas inspiradas por la ciencia occidental, lo que en la nación hay de mejor permaneció fiel a las tradiciones de la sabiduría china. Pero se ha creado en el Japón un Estado que, conservando un espíritu feudal, se ha dedicado al propio tiempo, con ayuda de esos métodos importados, a aumentar desmesuradamente el poder material del país. Este hecho es el que los publicistas traducen de una manera corriente, proclamando que el Japón se ha occidentalizado. Habría que decir que, renegando las virtudes de moderación importadas de China, los dirigentes japoneses, copiando del Occidente el nuevo aspecto material de su civilización, se han rehusado, sin embargo, a adoptar los principios espirituales que verdaderamente definen la civilización occidental. El Japón occidentalizado, si reniega de China, no quiere tampoco adaptarse al Occidente. Domesticar a China, someter después a Europa, tales son los propósitos declarados de quienes lo dirigen. El nuevo Japón es imperialista. La debilidad aparente, la fuerza profunda de China proviene de que el imperialismo es contrario a su genio.

Uno de los rasgos más originales de la civilización china consiste en que ha conseguido unir, durante largos siglos, una inmensa masa de hombres sin experimentar jamás la necesidad de darle la recia contextura que, en concepto de los políticos, es necesaria en todo Estado. Lo que constituye la unidad china, es una tradición de cultura. Esta tradición se ha conservado largamente y largamente se ha propagado, sin que haya habido necesidad de crear ninguno de estos órganos de coacción de que disponen los Estados modernos. Tchouang Tseu, uno de los grandes sabios de China—brillante escritor que, con tanto espíritu como Voltaire o Platón, consiguió transportar a magníficos símbolos filosóficos los más rústicos temas de sus compatriotas campesinos—, ha proclamado la idea de que, para conseguir que los hombres lleven vida feliz, bastaría dejar a cada aldea vivir a su guisa, siguiendo espontáneamente los consejos de un vetusto acervo de máximas locales. Ciertamente han existido en China emperadores que promulguen leyes; pero estas leyes no han sido hechas sino para la edificación de los súbditos y, en todo tiempo, los conflictos de la práctica cotidiana, han sido resueltos por arbitrajes privados. País de buen entendimiento rústico, China es el país de la conciliación y de los conciliadores, es el país de los reglamentos amistosos formulados no para *decretar el derecho*, sino para contentar razonablemente a las partes, apaciguar las discordias y mantener, juntamente con la paz, el equilibrio tradicional de las fortunas y de los prestigios. Los individuos buscan la paz, de preferencia a las ventajas materiales. Los dirigentes coinciden en este ideal. Sin duda, ha ocurrido en raras ocasiones que algún emperador de una dinastía poderosa haya perseguido brillantemente guerras de prestigio, sí, pero jamás la diplomacia china se ha fundado únicamente sobre la fuerza, y jamás ha emprendido conquistas o anexiones verdaderas. El principio, siempre mantenido, de que sólo el pres-